

ÁNIMA VERSUS ÁNIMA

Morelos Torres

La tarde en que lo iban a fusilar, se entretuvo en escribirles cartas lacrimosas a sus amigos, hermanos, padres y a todo aquél que hubiera conocido alguna vez. Es muy cierto que su vida había transcurrido en gran paz; su muerte violenta, lejos de parecerle una equivocación y crimen nefando como a cualquier otra persona, le parecía el medio con el cual el destino, comprensivo, lo convertiría en mártir.

Ya sea porque el capellán estaba distraído, o bien porque era pésimo en su oficio (o porque estaba dormido), la confesión del condenado no fue completa. Algunos pecados (como el de haber matado un ratoncito en su celda o el de olvidarse de saludar alguna vez al alcaide de la prisión) continuaron ocultos en el fondo de su alma.

La descarga lo ensordeció. Los golpes de las balas le hicieron cosquillas, pero aguantó la risa, entornó los ojos y cruzó las manos en su pecho ensangrentado. Cayó sin darse cuenta.

El cielo estaba ya cerca. La puerta de acceso, de acero inoxidable con chapa de oro, se veía cerca. Mas los pecados que el confesor no había sabido extraer de su ánimo pesaban cada vez más.

Estiró ambas manos: todo en vano. Allá lejos quedaban la gloria y los ángeles, y abajo el infierno lleno de candela. Él enmedio, estático, inmóvil y dubitativo. Desesperado, murió por segunda vez antes de llegar al cielo.

Uno de los ayudantes de Dios, compadecido, le dio una tarjeta de visita para deambular por purgatorio, infierno y cielo sin rumbo fijo.

Descontento con una solución de tal naturaleza, pidió a los más cercanos e influyentes colaboradores de Dios una audiencia.

Tras del imponente lapso de tiempo que ameritaba el caso (dos, tres, cuatro mil años, una era geológica), Dios le llamó a su lado con voz bien timbrada de tenor.

Detrás de un escritorio de caoba, refulgente todavía su aureola desteñida por el paso de los años, Dios le observó con ojos purísimos (a él le parecieron ojos pícaros, mirada de verdadero

bribón) y le dijo a voz en cuello, de repente: "¡Despierta!" (luego Dios se escondió en una nube).

Entonces planeó tranquilamente, tomó a su cuerpo de las manos y lo levantó, manchado de tinta roja. Sus ojos miraron el techo, los reflectores lo hicieron parpadear.

Vio avanzar el telón, y al tiempo que caminaba con prisa pensó que, aunque se había dormido en lo más interesante, por lo menos el tercer acto sí había salido bien. Los aplausos se oían nutridos y lejanos.



Luis B.